Capítulo 8

El convento de Santo Domingo y la provisión de capitales para el desarrollo agroganadero en el valle central chileno, siglo XVII^{*}

JUAN GUILLERMO MUÑOZ CORREA^{**}

En Chile durante el siglo XVII se desarrolló la actividad agroganadera, con una incipiente agroindustria en los rubros vitivinícola, molinero, de curtiembres y cordeles, y, en menor medida, textil. Las unidades de producción, estancias y chacras, se generaron a partir de las mercedes de tierra otorgadas por méritos principalmente bélicos. Para su implementación y desarrollo se necesitaba capital, tanto para la erección de edificios tales como bodegas, lagares, molinos y batanes, como para la adquisición de mano de obra esclava y de los bienes a reproducir, como ganado, parras u otras. La obtención del capital se presentaba como un serio problema toda vez que no había bancos ni un sistema crediticio desarrollado porque el interés de los préstamos era considerado ilegal, por la usura que implicaban. La solución que se presentó fueron los censos.

^{*} Proyecto de investigación aprobado por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica de Chile bajo el código CONICYT/FONDECYT/REGULAR/ N° 1140184..

^{**} Profesor del departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile.

El censo era un mecanismo que permitía el acceso a dinero y bienes, por una parte, y por otra otorgaba rentas seguras a aquellos que deseaban contar con ellas, tanto particulares como instituciones, siendo entre estas últimas las de mayor incidencia las provenientes de corporaciones religiosas y de “cajas de indios”. En teoría, el censo consistía en la venta de una renta anual que el propietario de un inmueble, que se gravaba para este efecto, debía pagar al comprador de dicha anualidad. En la práctica, era un préstamo de duración indefinida, en la mayoría de los casos, que afectaba a un bien raíz, en el sentido que su propietario actual (censatario) debía pagar un cinco por ciento (rédito) del dinero o del valor de las especies obtenidas en la operación (principal), a beneficio del centro o particular que los había otorgado (censualista).

Al ser vendida la propiedad, o al ser adjudicada en una hijuela hereditaria, de su precio se descontaba el gravamen o censos que cargaba, lo que permitía adquirir bienes de producción debiendo restar menor cantidad de dinero, es decir que en cada transacción tendríamos, en la práctica, una operación crediticia. No es la persona la que quedaba obligada al pago de las anualidades, lo que lo diferencia del mutuo u obligación en que se declara un deudor y un acreedor, ni el bien gravado queda como resguardo de los pagos, lo que sería un préstamo hipotecario.

La legislación consentía la redención al poseedor actual del bien gravado y el rentista no podía negarse a ello, y no al censualista. El que deseaba recuperar el dinero del principal, no pudiendo hacerlo del censatario, como el sistema no lo permitía, lo traspasaba a un tercero, el cual le compraba el derecho a la renta anual. Ascensio de Zavala y Marina de Aránguiz el 24 de abril de 1625,¹ traspasaron al convento dos censos, uno de Cristóbal Sagredo de Molina, por 860 pesos, y otro de Luis de Monardes, por 700 pesos (Documentación del Archivo del Convento O.P. en adelante citado D 4, 1 fs. 234-237). Sagredo había impuesto el 9 de agosto de 1624, otro por 800 pesos, nacido en Osorno, encomendero. Monardes, el 9 de agosto de 1632 impuso otro censo a favor del convento, por 570 pesos, (D 10, 1 N° 10) sevillano, recibió merced de tierras en Malloa (partido de Colchagua), en la traza

1 Se suprimió en todos los casos el trato de don y doña.

de Santiago tenía viña con casa, bodega y vasiija. Pidió sepultura en Santo Domingo.

El repositorio de escribanos de Santiago conserva numerosos documentos del siglo XVI en que participó el convento de Santo Domingo, proporcionando antecedentes sobre variados asuntos que motivaron su presencia en alguna de las notarías, entre otras el suministro de capitales a la población laica, o de inmuebles sin erogación de ellos, y las vías por las que los predicadores accedieron a sus bienes temporales.

Para la correcta apreciación del tema, hay que aclarar que los dominicos no tienen nada de particular en la provisión de bienes y dinero con respecto al resto de las órdenes religiosas y los monasterios de monjas, cuyos montos superaban con creces los de los institutos masculinos, y que también participaban las cajas de indígenas de manera significativa para “evitarles riesgos en otro tipo de inversión” (De Ramón, 1961; Jara, 1961). En 1639, una presentación que hizo la ciudad de Santiago para resistir el impuesto de unión de armas, permite observar los montos de cada censalista en pesos de a ocho reales:

Monjas de la Concepción 193.493.
 Pueblos de indios 118.656.
 Monjas Claras 100.000.
 Santo Domingo 76.322.
 La Merced 62.000.
 San Francisco 50.569.
 San Agustín 27.247.
 Hospital de Santiago 13.500.
 Cofradía de la Concepción 8.500.
 Compañía de Jesús 3.664 (Góngora, 1967).

Fuentes de obtención de bienes

Sobre la forma en que las órdenes religiosas fueron acumulando bienes, es lugar común señalar las donaciones como principal fuente, pero, de acuerdo a la documentación consultada, fue principalmente por la compra de servicios, en que destaca el de las obras pías realizadas por

los religiosos por una pronta salida del purgatorio del donante o de las ánimas por él señaladas. Hubo donaciones de bienes inmuebles como tierras, viñas, molinos, y también de algunas especies o rentas anuales determinadas en algún producto, vino por ejemplo, o prestaciones de fuerza de trabajo, con semejante fin. La misa tenía su equivalente a un monto fijado que se mencionaba como “limosna acostumbrada”, la que también se daba por el hábito de la orden para ser utilizado como mortaja.

Los monasterios femeninos se nutrían de la dote que entregaba la novicia al profesar (De Ramón, 1981), mecanismo que no existió en sus equivalentes masculinos. Se ha sindicado la riqueza de las monjas a partir de donaciones que ellas habrían hecho en su renuncia de bienes, pero a partir de su revisión se concluye que los familiares fueron los principales legatarios (Muñoz, 2006). Fuese cual fuera la donación a recibir, con el respectivo servicio a prestar, o para determinar el destino que se daría a algún bien, se reunían los miembros del convento en capítulo, en el cual se tomaba la decisión correspondiente, dejando constancia el escribano de lo acordado, desde asuntos de envergadura como la aceptación de una capellanía, hasta concesión de sepultura o simples arriendos. No siguió esta formalidad el donativo realizado por el rey en 1599 a la provincia, de cierta cantidad de dinero, (Escribanos de Santiago 25 fs, 164v y 167) o según cédula real de 29 de junio de 1589, ordenando al virrey del Perú proveer a la Orden de Santo Domingo del Reino de Chile de vino y aceite. Esta última se sacaba de los dos novenos de la mitad de los diezmos destinados al rey, y consistía en siete arrobas² de aceite y una y media de vino, por cada sacerdote residente, también lo recibían los conventos de predicadores de Concepción, Valdivia y Villarrica. En el siglo XVIII se habla de la limosna real de cera y vino (D 27, 1 N° 14.).

El tipo de bienes referidos era de lo más variado, desde ser nombrado heredero, como lo hizo Juan Vicencio Pascual en 1596 (Escribanos de Santiago, 12 f. 139 y 22 f. 83v.), legado que le significó al convento varios pleitos posteriores (Escribanos de Santiago, 25 f. 275). Una curiosa, consistente en 13 indios huarpes que por los días de su vida cedió su encomendero Ance de Fabre en 1600 (Escribanos de Santiago,

2 Equivale a 35,552 litros.

27 fs. 226 y 231). Hasta una por 300 ovejas y 50 botijas de vino claro, recibidos en 1598 (Escribanos de Santiago, 24 f. 323).

De las capellanías, en general los ingresos monetarios no eran importantes al tiempo de su fundación, salvo algún bien que pasaba a poder del convento situación que al correr del tiempo se hizo muy escasa, pero significaban una renta anual que vendría a juntarse con los fondos de otras proveniencias. Juan Jufré, venido a Chile con el conquistador Valdivia, fundó una capellanía cediendo al convento uno de sus molinos situado al norte del río Mapocho, pero su viuda, Constanza de Meneses, primera patrona, a cambio de recuperar el molino se comprometió a sustentar la capilla en la iglesia de Santo Domingo, “dar los ornamentos y cera necesaria con que se diga la misa y dar el aceite para la lámpara”, e impuso un censo gravando el mismo molino a su favor, protocolizaron lo anterior el 26 de octubre de 1597, con su hijo Luis Jufré, lo que había aceptado el capítulo cuatro días antes (Escribanos de Santiago, 11 f. 267v y 13 f. 56). Esta familia también tuvo capilla y entierro en la misma iglesia.

Otros fundadores fueron Juan Hurtado, en 1595 (Escribanos de Santiago, 22 f. 257). Catalina Justiniano, en 1597, con un principal de 1.600 pesos (Escribanos de Santiago, 9 f. 355), después en 1631 fundó otra por 2.000 pesos en nombre de su marido (D 10, 1 N° 6 y D, 41, 1 N° 42). El encomendero Lope de la Peña, en 1597 (Escribanos de Santiago, 22 f. 303 v y D 10, 1 N° 35). Antonio Cardoso e Isabel Bravo, con un principal de 2.400 pesos en 1600 (Escribanos de Santiago 27 fs. 145v, 168 y 171).

No se conservó en este repositorio notarial una capellanía de gran importancia para las temporalidades del convento, como fue la instituida en 1558 por Rodrigo de Quiroga e Inés Suárez, en que cedieron la ermita de Nuestra Señora de Monserrate que habían fundado, y las chacras contiguas con que Pedro de Valdivia la había dotado el 2 de enero de 1550, nombraron capellán a fray Gil González de San Nicolás, vicario y provincial, y al convento de Nuestra Señora del Rosario, con la pensión de una misa un viernes si y dos no, y otras ceremonias, como una procesión y misa cantada el día de la Purificación de la Virgen. El mismo día se celebró el capítulo en que se aceptó la fundación con todas sus cláusulas y se procedió a la toma de posesión de

la ermita y tierras (Medina, 1956, p.1, Ghigliazza, 1898, p. I, 136). Fue mensurada el 4 de noviembre de 1603 (Lillo, 1941, p.183).

De los bienes que recibía el convento por una u otra causa o vía, algunos los conservaron administrándolos directamente, otros los daban en arriendo, y, finalmente, de muchos se desprendían por enajenación, la cual podía ser en dinero o especies recibidas actualmente, o se configuraba, en su pago, un sistema crediticio o censo. Entre los primeros encontramos las tierras de la donación de Pedro de Valdivia, en las que tuvieron una viña; y un molino al norte del río Mapocho, que pudo ser el de los Jofré que habría vuelto a su poder, el que en 1598, Pedro de Sebillaga se obligaba a repararlo, por 100 pesos (Escribanos de Santiago, 24 f. 172v).

Entre las arrendadas, unas viñas que tenía en sus tierras tenía como inquilino a Ascensio Mirabal, y por su dejación, el 1° de marzo de 1597 las pasó a Juan Godínez (Escribanos de Santiago, 22 f. 251v). El 7 de marzo siguiente, se concedió cuatro cuerdas de tierras al mencionado Godínez, por dos vidas, por 8 pesos anuales, tres días antes se había protocolizado la dejación hecha por Francisco de Toledo, el anterior ocupante (Escribanos de Santiago, 22 fs. 255 y 257).

También una viña que gozaba de por vida Lucas del Castillo en el lindero norte de la del convento, el canon era 100 botijas de vino, de los que un año pidió prórroga de una parte, la que se le concedió el 30 de septiembre de 1597 (Escribanos de Santiago, 22 s/n). La fragua del convento fue arrendada el 3 de febrero de 1600 a Bartolomé de Pontigo, en cuyo nombre su esposa, Isabel González, compromete la paga de 30 pesos en harina y vino (Escribanos de Santiago 28 f. 9). U otra con el herrero Lucas Martín, quien residiría en la viña del convento y además de recibir tierras para su uso, bienes y 12 botijas de vino, trabajaría en la fragua para los frailes, pero podría hacer trabajos para terceros, por los que llevarían la mitad de lo que cobrase (Escribanos de Santiago 28 f. 147v).

El convento celebró compañías o convenios de otros bienes, el 6 de abril de 1596 Juan de Azoca, encomendero, acordó que se haría cargo de 1.300 ovejas y 190 cabras suyas, gozando el multiplico (Escribanos de Santiago, 22 fs. 114v y 116v). Entre las vendidas con otorgamiento de un crédito al comprador tenemos, por ejemplo, la venta de un esclavo

el 16 de octubre de 1593 a Francisco de Aranda, el que el mismo día protocolizó una obligación por el precio (Escribanos de Santiago, 10 fs. 312 y 313). Con la figura del censo, unas casas que había donado María Álvarez de Sena, el 27 de febrero de 1600 el Capítulo acordó venderlas, lo que se hizo ese mismo día a Juana Rodríguez, viuda, que seguidamente fundó un censo a favor del convento por 700 pesos, sobre esas casas y sus tierras en Pelvín (Escribanos de Santiago, 28 fs. 29v, 31v y 33). Esta misma María había donado el 12 de septiembre de 1597 un esclavo para aumentar el principal de la capellanía que había fundado Bartolomé de la Banda, y el día 30 siguiente donó los esclavos Leonor y Juan, estos últimos a cambio de 20 fanegas de harina, 10 de cebada, dos puercos y 12 botijas de vino (Escribanos de Santiago, 22 f. 406 y 24 f. 84 y D 41, 1, N° 127). Y que en su codicilo de 26 de agosto de 1599 revalidó las donaciones hechas al convento (Escribanos de Santiago, 26 f. 8v).

También el convento aparece vendiendo a la Real Hacienda caballos y cotas, destinadas al ejército, las que se le pagaron en 1574 (Muñoz, 1989, p. 50). Una operación distinta era el traspaso de deudas, el 17 de mayo de 1596 vendió una por 104 pesos de oro de Valdivia a Francisco Angulo (Escribanos de Santiago, 25 f. 251). El 19 de noviembre de 1597 le vendió a Martín García una de Luis Jofré de 223 pesos. Pero también encontramos la inversa, así el convento el 11 de octubre de 1600 recibió poder de Francisco Díaz para cobrar cierta cantidad que le debía la Real Hacienda. (Escribanos de Santiago, 27 f. 344).

Sobre un censo, sin que mediase un bien vendido, fueron los otorgados a Alonso de Córdoba y Mariana de Morales, en octubre de 1600, en el que gravaron casas, chacras y estancias, con un principal de 1.135 pesos y en noviembre de 1600, con otros 232 pesos (Escribanos de Santiago, 27 fs. 216 y 248v). En agosto de 1603 obtuvieron otro por 300 pesos gravando sus casas, que daban a la plaza mayor, que contaba con sala principal, cuadra, recámara, oratorio, caballeriza, huerta, cocina, panadería entre otras edificaciones. El convento no solo ponía capitales a censo, sino que también prestaba dinero, lo que consta por un poder que otorgó en 1587 para cobrar 117 pesos a Francisco de Ribera, que los debía Escribanos de Santiago 4 f. 35v).

Los censatarios

La figura que se presenta en este artículo es el censo, para lo cual utilizaremos el listado de 1639 conservado en Audiencia de Chile 18 y 27 (repetido), Archivo General de Indias, transcrito por Góngora. Por encontrarse todos los casos contenidos en este repositorio obviaremos citarlo en los ejemplos.³ Desde una mirada general, para 20 sujetos se ha podido establecer su edad, con cuatro en cada rango, 21 a 27 años, 33 a 35, 41 a 49, 51 a 58, y 60 a 68 años. Otra variable que no aparece significativa es la de la procedencia, así se reparten entre españoles peninsulares y americanos. Desde 1605 hasta 1638 casi todos los años se instituían censos con un total de 82, con 2,5 promedio anual (ver cuadro 1). Llama la atención el alto porcentaje, un 65,6%, que anota corridos, es decir anualidades sin pagar (ver cuadro 2). En los censos que fueron fundados en pesos de oro aparece su conversión a pesos de a ocho reales en razón de 1,8. Para comprender los valores involucrados una referencia es que una cuadra de tierra rural valía un peso.

El listado no proporciona el bien gravado al censo, salvo unos pocos casos, pero el capital obtenido se podía destinar a lo que el censatario le pareciera, como la totalidad poseía un bien raíz, entre urbanos y rurales, y para su explotación necesitaba capitales, fuera cual fuese el bien gravado, estos dineros fueron de utilidad para ello, ya directamente, o indirectamente, razón por la que se han puesto las chacras y estancias de los censatarios, obtenidas de diferentes fuentes, aquí se puede ver una distribución geográfica muy amplia que no favorece especialmente un sector determinado.

Los matrimonios

Hay hombres que aparecen en las imposiciones en compañía de sus mujeres, figura que se daba para evitar pleitos posteriores de nulidad

3 Complementaremos los casos que se comenten con datos del archivo del convento, recopilados por Horacio Aránguiz (1983), y con un repertorio de familias realizado por el autor, con que se pudo corregir algunos apellidos.

por pertenecer el bien a la dote u otra figura legal que pudiera poner un pleito con posterioridad a la protocolización del gravamen. Entre estos matrimonios tenemos los de Luis de Fuentes Pavón con Leonor de Alvarado, en agosto de 1621, por 290 pesos sobre sus casas en La Cañada (ciudad de Santiago) (D 4,1 fs. 225-227). Él era de Jerez de la Frontera, llevaba 36 años en Chile, ella, santiaguina, con estancia al sur del río Maipo, en agosto de 1632, ella obtuvo otro censo por 400 pesos. Bernardino de Jorquera con Juana Muñoz, en septiembre de 1621, por 3.500 pesos. Con estancia en Curacaví, figura en los documentos del convento “Pago de censo, por deuda que le dejó su tío el presbítero Bartolomé Muñoz, en febrero de 1645” (D 10, 1 N° 7). Y Valeriano de Ahumada con María Maldonado Suárez, en junio de 1638, por 4.000 pesos. Santiaguinos, encomendero de Choapa, con tierras en Malloa y en el Principal de Córdoba. Instituyeron una capellanía de 3.000 pesos (D 48, 1 N° 19).

Las viudas

Entre las mujeres que sitúan un censo que se pudieron identificar, tenemos a Luciana Muñoz, en septiembre de 1611, por 432 pesos. Santiaguina, en su dote se incluyó una cuadra con viña en la traza, viuda del limeño Diego Gago de la Corte. Inés de Castro, en abril de 1617, por 180 pesos. Portuguesa, viuda de Francisco Alonso. Francisca de Araya, en mayo de 1617, por 400 pesos. Santiaguina, en su dote en 1592 tierras en Tango (partido de Santiago), viuda del mercader toledano Diego Serrano. María de Aguirre, en diciembre de 1620, por 180 pesos. Santiaguina, encomendera, dueña de la estancia Veracruz (Colchagua), fundó el mismo año una capellanía con 100 pesos de principal, tres veces viuda (D 47, 1 N° 100). Ángela Ruiz, en febrero de 1628, por 1.100 pesos. Limeña, viuda del extremeño Cristóbal Díaz, quien había comprado al convento de Santo Domingo una viña con casa en La Chimba (extramuros de la ciudad de Santiago), en 2.000 pesos, de los cuales 1.400 a censo. Magdalena de Nanclares, en agosto de 1628, por 920 pesos. Chilena, estanciera en San Francisco del Monte, con chacra en La Chimba, viuda del madrileño Pedro del Castillo

Velasco, un hijo dominico, sepultada en Santo Domingo, hubo pleito por cobranza de corridos (D 5, 1 N° 4 fs. 1629). Catalina Justiniano, en marzo de 1631, por 2.500 pesos. Santiaguina, pidió sepultura en Santo Domingo, fundó capellanías como se vio, viuda del licenciado Francisco Pastene, dueños de una viña al oriente del cerro Santa Lucía en 1605 (Escribanos de Santiago, 21 f. 346, 42 f. 518). Mariana de la Corte, en octubre de 1632, por 200 pesos. Natural de Concepción, con chacra en Santiago y estancia en Malloa, en un documento del convento de 1657, viuda del peninsular maestre de campo general Alonso Cid Maldonado (D 15, 1 N° 23). Dos no fueron identificadas.

Los hombres con más de un censo

De los hombres, si bien la casi totalidad recibió solo un censo, hubo casos en que fueron favorecidos más de una vez. Tres, en los de Jerónimo Bravo de Saravia, en julio de 1605, por 1.188 pesos, en enero de 1621, sobre sus haciendas, por 1.000 pesos y en octubre de 1623, otro por 480 pesos (D 47, 1 N° 54 f. 20). Santiaguino, fue encomendero de Apalta, Llopeo y Curimón, además dueño de la extensa viña que había sido de su abuelo Diego García de Cáceres linde por el oriente con la traza de la ciudad de Santiago. Y del escribano Diego Rutal, en julio de 1617, por 236 pesos, en agosto de 1625, por 800 pesos, en 1634 se hizo reconocimiento de este censo (D 47, 1 N° 6 fs. 7-8), en mayo de 1633, otro por 200 pesos.

Con dos censos lo fueron Jerónimo Zapata de Mayorga, en agosto de 1632, por 200 pesos. Natural de Palencia, dueño de la estancia Acuyo, en los caminos de carretas y de caballos de Santiago a Valparaíso, y chacra en Santiago, debe haber gravado un solar cercano a la plaza mayor, pues aparece con un censo a favor de Santo Domingo cuando en 1634 lo incluyó en la dote de una nieta, en diciembre de 1635, impuso otro por 600 pesos. El licenciado Juan de Morales, en agosto de 1626, por 1.000 pesos y en octubre de 1630, por 4.000 pesos. Natural de La Serena, encomendero, dueño del Principal de Córdoba y otras estancias, recibió merced de tierras en Chimbarongo (Colchagua). Alonso de Toro Zambrano, en mayo de 1619, por 500 pesos y

en abril de 1630, por 1.060 pesos, en 1648 solicitó redimir un censo (D 5, 1 N° 8, fs. 63-69). Santiaguino, encomendero de Peumo, estanciero en Puangue y en Peumo, a orillas del río Cachapoal, que su padre había gravado junto con sus casas de Santiago a una capellanía, de la que su hijo Alonso era patrón y el convento de Santo Domingo el capellán. Juan Pastene, en febrero de 1626, por 471 pesos 4 reales, en julio de 1627, por 400 pesos. Chileno, estanciero en la cuesta de Tiltill, según mención en los documentos del convento en 1663, también de la estancia Colmo, en Quillota. El bachiller Diego Felipe de las Heras, en octubre de 1632, por 200 pesos, siendo ya licenciado, obtuvo otro por 1.253 pesos. También con dos, Nicolás de las Cuevas Navia, en enero de 1633, por 100 pesos y otro por 560 pesos que en la lista de 1639 está sin fecha. Santiaguino, heredó tierras en el valle de Aculeo al sur del río Maipo y en Huenchullami (partido de Maule), años después compró una cuadra con viña en la traza de Santiago. Otros se anotaron en los viñateros tratados más adelante.

Los encomenderos

Entre los estancieros, el grupo de los encomenderos fue el que se destacó en emprender diferentes rubros de la agroindustria, ya desde el siglo XVI, pues tenía el problema de la mano de obra solucionado en parte, y su posición en la sociedad les permitió también acceder a capitales en diferentes fuentes. En el listado de 1639 se pueden identificar varios, como se ha visto algunos entre los que recibieron más de uno de Santo Domingo.

Manuel González Farías, en noviembre de 1610, por 720 pesos. Chileno, encomendero en Cuyo, con estancias allí.

Diego de Cárcamo, en febrero de 1600, por 420 pesos. Peninsular, con su mujer fueron dueños de una estancia en Melipilla, encomienda de Colina.

Juan de Urbina, en febrero de 1621, por 313 pesos. Nacido en Mendoza, donde fue encomendero, estanciero en Petacavín y chacra en Huechuraba (ambas en Santiago), un hermano suyo era dominico.

En 1705, el convento siguió causa ejecutiva contra los poseedores de las casas y chacra que habían sido suyas (D 21, 1 N° 7, D 47 1 N° 35).

Juan Bautista de Ureta, en marzo de 1621 por 360 pesos. Natural de Burgos, encomendero de Colchagua, Peumo, Teno, Apoquindo y Melipilla, dueño de la chacra Apoquindo, al oriente de Santiago, donde levantó una viña. Esta propiedad dio origen a la hacienda que conservó su nombre y que en el siglo XVIII los compradores la pusieron bajo la advocación de San Vicente Ferrer y construyeron una iglesia que con la casa patronal y edificios colindantes la traspasaron a la Orden de Predicadores y en la actualidad es una parroquia.

Juan Tomás Jofré de Loayza, en mayo de 1624, por 1.250 pesos. Fue encomendero de Ñuñoa, Peteroa, Purapel, Loanco y Guayco, recibió merced de tierras en Malloa, dueño de chacra y viña en Macul y cinco estancias en el corregimiento de Maule, donde fue activo industrial. Patrón de la capellanía y entierro de sus abuelos, Juan Jufre y Cándida de Montesa, en la capilla de Nuestra Señora del Tránsito, de Santo Domingo.

Gaspar de Calderón, en abril de 1627, por 500 pesos. Chileno, encomendero de Lihueimo, Tango y Tobalaba, dueño de las estancias Quillota, donde producía jarcia,⁴ y Putupur.

Ambrosio de Córdoba, en septiembre de 1629, por 360 pesos. Santiaguino, encomendero, en 1621 había recibido de su padre 2.000 cuerdas en la estancia Laguna de la Mar, dueño de Los Baños del Principal de Córdoba. Su mujer aportó una chacra en Conchalí con 6.000 plantas de viña, dos lagares, olivar y curtiduría, esta chacra había sido gravada por Juan de Ahumada, su suegro, con 1.000 pesos a Santo Domingo, pero no aparece ni en el listado de 1639 ni en el archivo conventual.

Juan de Barros Alderete, en junio de 1632, por 360 pesos. Santiaguino, encomendero de Lampa, Lihueimo, Malloco, Tango y Tobalaba, entre otros emprendimientos explotó caleras en sus estancias de Polpaico y Tango.

Rodrigo Verdugo, en febrero de 1635, por 1.200 pesos. Chillanejo, encomendero, con merced de tierras en Vichuquén (Maule).

4 Cordelaje, cablería y otros aparejos de cáñamo de un buque de vela.

Miguel Gómez de Silva Morales, en agosto de 1635, por 2.000 pesos. Serenense, encomendero en segunda vida de Angacao, Tucunuco y Moena, desde 1638 de Lontué, también tuvo encomendados indios beliches, dueño de las estancias El Carrizal y Malloco, con viñas, bodega y vasija vinaria, Mayermo, Tecao, San Miguel, San Juan y San José, con viñas y molino. El censo era el principal de una capellanía que había ordenado fundar Catalina Verdugo de la Vega, su primera mujer. Años después un hijo profesó dominico.

Andrés de Fuenzalida Guzmán, en noviembre de 1635, por 300 pesos. Santiaguino, encomendero en Cuyo, dueño de una viña en La Chimba que arrendó con dieciocho indios huarpes incluidos, con más de tres mil cuerdas de mercedes en Colchagua, solar con Molino en la traza de Santiago. y su mujer, Isabel de Fuentes Argomedo, con tierras en Pudahuel.

Diego González Montero, en marzo de 1636, por 120 pesos. Santiaguino, gobernador interino del reino, encomendero, estanciero en Pico (partido de Melipilla) y Tinguiririca (Colchagua), productor de vino, pangué, trigo y maderas.

Andrés Escobar de los Ríos, en julio de 1637, por 900 pesos recibidos del prior fray Juan de Montiel, gravó a este censo una viña en La Cañada, y su estancia Chanquiahue (Colchagua). Santiaguino, aparece en un listado de encomenderos de más de nueve indios. Su mujer Casilda de la Corte y Cid Maldonado, dotada con la estancia Las Palmas, y heredó chacra en La Cañada. El 16 de febrero de 1641, en su estancia en Río Claro de Malloa, otorgó reconocimiento del censo impuesto por su marido a favor del convento de Santo Domingo, sobre Chanquiahue y la viña de La Cañada, que en ese momento estaba gozando con sus hijos menores (Notarial San Fernando, 114 f. 42).

Los viñateros

Como ya se habrá observado, entre las actividades de los censatarios anotados, destaca la vitivinicultura. En el resto, que no comulga con iguales antecedentes diversificados, es un cultivo que se repite, el vino y el aguardiente son productos destacados de exportación y de venta

interna en el ámbito urbano, bélico y minero. En un trabajo relativo a los frailes mercedarios se destacó la preferencia por imponer capitales en ellas por la seguridad económica de esta explotación (Muñoz y Robles, 1992). En el caso de Santo Domingo, pudo serlo, pero muchas viñas se levantaron después del censo.

Ginés de Toro Mazote y de la Serna, en noviembre de 1600, por 404 pesos. Su mujer, Inés de Córdoba Morales, aportó una estancia en Chuchunco, con viña y olivar. Manuel de Carvajal y Roco Campofrío, en febrero de 1621, por 4.400 pesos, en 1639 se debía 450 de corridos (Góngora, 1967, p. 76). Dueño de estancia en Malloa, Isabel Bravo de Saravia Osorio de Cáceres, su mujer aportó una chacra con viña y olivar (Escribanos de Santiago, 51 f. 13). Juan Sánchez de Abarca, en abril de 1625, por 4.850 pesos. Peninsular, viña en Ñuñoa y tierras en Puanque. Diego de Aranda, en julio de 1625, por 400 pesos. Santiaguino, con tierras en La Chimba, y viña de 7.000 plantas. Juan Aguayo, en julio de 1625, por 170 pesos. Andalúz, dueño de la estancia Huayelemu, en la costa central, tuvo viñas allí y en La Chimba, colindante con la del convento de Santo Domingo. Simón Román, en agosto de 1625, por 200 pesos, gravando sus casas y estancia Pedegüe de 600 cuabras, con la cual y otras vecinas formó San Roque en Malloa (D 10, 1 N° 16 y D 41, 1 N° 156). Peninsular, en la traza de Santiago tenía viña con bodega, lagar y cinco tinajas. Mateo de Lepe, en diciembre de 1627, por 200 pesos. Chileno, carpintero, con merced de tierras en Gudicanapel y Raramillahue, donde compró una estancia vecina, en el valle del Puanque, y dueño de una viña en La Chimba. Luis Rodríguez de la Cueva, en febrero de 1628, por 400 pesos. Peninsular, con mercedes de tierra en el valle de Colchagua donde formó una estancia de 6.000 cuabras, en la que tuvo viña y fábrica de tinajas. Nicolás Otavio, en febrero de 1629, por 1.000 pesos. Genovés, dueño de una viña al fin poniente de La Cañada. Agustín Briseño, en noviembre de 1632, por 400 pesos. Santiaguino, explotó una estancia en Rancagua y una chacra con viña en Huechuraba, al norte de Santiago. Antonio Fernández Caballero, en junio de 1634, por 2.000 pesos, en diciembre de 1628 había impuesto otro por 1.000 pesos de principal sobre la estancia La Viña, en Aculeo, lindera al norte con el río Maipo y por la otra parte con Paine, para dotar su capellanía, se diría cada sábado una misa rezada

a las diez del día en el altar de Nuestra Señora del Rosario haciendo señal con la campana grande, el documento es de 1749 (D 10, 1 N° 13, D 28, 1 N° 25, D 41 1 N° 7 y N° 25). Santiaguino. Juan Sáez de Alaisa, en septiembre de 1634, por 640 pesos. Sevillano, tuvo viña en Ñuñoa, tierras en Huachurí, Puangue y La Ligua (Escribanos de Santiago, 171 f. 261 v. 172 f. 9 y 190 fs. 51 y 59). Luis de Toro Mazote, en octubre de 1634, por 600 pesos. Santiaguino, llevaba vino de Chile para comerciar en Buenos Aires. Juan González Moreno, en mayo de 1636, por 200 pesos. Natural de Baeza, comerciante, dueño de una cuadra con viña en la traza de Santiago (Escribanos de Santiago, 175 f. 66).

Cierre

La Orden de Predicadores, a través del convento grande de Santiago, y de los que se fueron fundando en diferentes regiones de Chile, al igual que los otros conventos, favoreció el acceso a capitales a diferentes interesados, entre los que destacan chacareros, estancieros, molineros y vitivinicultores, lo que coadyuvó a la diversificación productiva, más allá de la ganadería tradicional.

Respecto a la proveniencia de los censatarios elegidos por el convento, se observa que hay una proporción normal entre españoles peninsulares y americanos, igualmente, desde el punto de vista etario, las edades fluctúan entre los 21 y 68 años, con una distribución decenal casi pareja. Lo mismo puede decirse del género, pues una cantidad significativa de mujeres fueron favorecidas con estos capitales. Dentro de la totalidad otorgada por instituciones, los dominicos participaron, según el listado de 1639, en un 11,7% del total de los capitales.

Anexos

Tabla 1. Censos a favor del convento de Santo Domingo

Año	Número	Pesos (de a ocho reales)
1593-1600	3	950
1605	1	1.188
1608	1	540
1609	1	1.200
1610	2	1.120
1611	1	432
1612	1	270
1615	2	900
1616	1	1.300
1617	3	816
1618	1	126
1619	2	2.100
1620	2	1.050
1621	8	10.393
1623	2	680
1624	3	3.785
1625	7	7.450
1626	3	1.671,5
1627	3	1.100
1628	4	3.030
1629	2	1.360
1630	3	7.060
1631	2	3.900
1632	9	2.720
1633	3	400
1634	5	5.340
1635	7	6.300
1636	4	1.220

Año	Número	Pesos (de a ocho reales)
1637	1	900
1638	1	4.000
Sin fecha	9	6.520
	94	79.821,5 ¹

Fuente: *Informe de censos de la ciudad de Santiago en 1639. Archivo General de Indias, Audiencia de Chile 18 y 27 (repetido), transcrito por Góngora.*

Tabla 2. Relación entre principales y réditos vencidos o corridos

Principal, pesos	Corridos, pesos
4.400	450
4.000	405
3.500	74
2.500	130
2.000	140
2.000	34
1.735	215
1.600	84
1.400	57
1.300	145
1.200	174
1.200	403
1.200	57
1.188	34
1.100	100
1.080	120
1.000	174
920	150
900	84
870	30
800	60
800	30

Principal, pesos	Corridos, pesos
800	40
720	84
700	84
640	30
632,5	34
610	78
600	38
600	93
550	27
540	45
540	30
509,5	84
500	48
471,5	20
432	30
420	25
400	84
400	83
400	70
400	66
400	30
400	20
400	15
360	170
360	25
360	25
330	28
290	48
270	38
252	84
210	45

Principal, pesos	Corridos, pesos
200	34
200	30
200	30
180	30
180	50
170	16
100	16
100	18
100	15

Fuente: *Informe de censos de la ciudad de Santiago en 1639. Archivo General de Indias, Audiencia de Chile 18 y repetido en 27*, transcrito por Góngora.

Referencias

Fuentes primarias

Documentación del Archivo del Convento O.P.

(D 48, 1 N° 19).

(D 48, 1 N° 19).

(D 47, 1 N° 100).

(D 47, 1 N° 6 fs. 7-8).

(D 10, 1 N° 13, D 28, 1 N° 25, D₄₁ 1 N° 7 y N° 25). (D 21, 1 N° 7, D 47, 1 N° 35). (D 47, 1 N° 54 f. 20).

(D 4, 1 fs. 234-237).

(D 4, 1 fs. 225-227). (D 4, 1 fs. 225-227).

(D 5, 1 N° 8, fs. 63-69).

(D 5, 1 N° 4 fs. 16-29).

(D 10, 1 N° 10).

(D 10, 1 N° 7).

(D 10, 1 N° 7).

(D 15, 1 N° 23).

(D 27, 1 N° 14).

(D 10, 1 N° 16 y D 41, 1 N° 156).

(D 10, 1 N° 6 y D 41, 1 N° 42).

(D 10, 1 N° 6 y D 41, 1 N° 42).

Archivo Nacional Histórico, Chile

Escribanos de Santiago (28 f. 9).

Escribanos de Santiago, (10 fs. 312 y 313).

Escribanos de Santiago, (11 f. 267v y 13 f. 56).

Escribanos de Santiago, (12 f. 139 y 22 f. 83v).

Escribanos de Santiago, (171 f. 261 v. 172 f. 9 y 190 fs. 51 y 59).

Escribanos de Santiago, (175 f. 66).

Escribanos de Santiago, (21 f. 346, 42 f. 518).

Escribanos de Santiago, (22 f. 251v).

Escribanos de Santiago, (22 f. 257).

Escribanos de Santiago, (22 f. 303 v y D₁ 1 N° 35).

Escribanos de Santiago, (22 f. 406 y 24 f. 84 y D₄₁ 1 N° 127).

Escribanos de Santiago, (22 fs. 114v y 116v).

Escribanos de Santiago, (22 fs. 255 y 257).

Escribanos de Santiago, (22 s/n).

Escribanos de Santiago, (24 f. 172v).

Escribanos de Santiago, (24 f. 323). Escribanos de Santiago, (25 f. 251).

Escribanos de Santiago, (25 f. 275).

Escribanos de Santiago, (25 fs. 164v y 167).

Escribanos de Santiago, (26 f. 8v).

Escribanos de Santiago, (27 f. 344).

Escribanos de Santiago, (27 fs. 145v, 168 y 171) Escribanos de Santiago, (27 fs. 216 y 248v).

Escribanos de Santiago, (27 fs. 226 y 231).

Escribanos de Santiago, (28 f. 147v).

Escribanos de Santiago, (28 fs. 29v, 31v y 33).

Escribanos de Santiago, (4 f. 35v).

Escribanos de Santiago, (51 f. 13).

Escribanos de Santiago, (9 f. 355).

Notarial San Fernando, (114 f. 42).

Archivo General de Indias

Informe de censos de la ciudad de Santiago en 1639 (Audiencia de Chile 18 y 27 (repetido), transcrito por Góngora). Archivo General de Indias.

Informe de censos de la ciudad de Santiago en 1639 (Audiencia de Chile 18 y repetido en 27, transcrito por Góngora). Archivo General de Indias.

Fuentes secundarias

Aránguiz, H. (1983). Documentos: Índice de documentos del Archivo del Convento de Santo Domingo de Chile: Censos y Capellanías, siglos XVI a XX”, *Historia*, (18), 235-344.

De Ramón, J. (1961). La institución de los censos de los naturales en Chile (1570 - 1750). *Historia*, (1), 47-93.

De Ramón, J. (1981). Los censos y el desarrollo agrícola de la región central de Chile durante el siglo XVII. Una hipótesis de trabajo. *Historia*, (16), 151-223.

Ghigliazza, R. (1898). *Historia de la Provincia Dominicana en Chile*. (Tomo I). Concepción: Imprenta Franklin.

Góngora, M. (1967). Incumplimiento de una ley en 1639: Su fundamentación en la carga de los censos de la ciudad de Santiago y en la noción de ‘Frontera de guerra’. Una contribución documental. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, (76), 61-96.

- Jara, Á. (1961). *El salario de los indios y los sesmos del oro en la Tasa de Santillán*. Santiago: Centro de Investigaciones de Historia Americana, Universidad de Chile.
- Lillo, G. (1941). *Mensura General de Tierras de 1602-1605*. (Tomo I), (manuscrito de 1603). Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- Medina, J. (1956). *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*. (Segunda Serie tomo I). Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico, J. T. Medina.
- Muñoz, J. y Robles, C. (1992). El censo como mecanismo crediticio. El convento de la Merced y la expansión económica de la región de La Serena en el siglo XVIII. *Dimensión Histórica de Chile*, (9), 47-68.
- Muñoz, J. (1989). *Pobladores de Chile, 1565-1580*. Temuco: Universidad de La Frontera, Serie Quinto Centenario.
- Muñoz, J. (2006). Negras, negros y clarisas en Santiago (Chile) del siglo XVII. *Cuadernos de Historia*, (25), 83-91.